

La aurora

Ella había fantaseado con que algún día eso sucediera, y sucedió. El destino sabe de concretarse en el momento justo, y ésta no fue la excepción.

No era fácil ser la criada de los Estévez. No era fácil el campo interminable, las tareas repetitivas y extenuantes, las órdenes y humillaciones cotidianas. Aurora tenía catorce años cuando fue a parar a ese campo. Sus padres habían fallecido en un accidente, y como aquella muchacha triste sin noticia de escolaridad alguna no tenía quien se encargara de ella, nadie se sorprendió de que terminara como criada del hombre más pudiente de la zona: Domingo Estévez.

Se levantaba con el alba y preparaba el desayuno para el patrón y su esposa. Luego debía ocuparse de la limpieza de aquella enorme casa, faena que quedaba interrumpida a la hora de preparar el almuerzo, para ser retomada y nuevamente abdicada para servir la merienda. Luego lavaba, tendía, planchaba la ropa y cocinaba la cena. Una vez que lograba dejar la vajilla impecable, tenía permitido retirarse a su pequeño cuarto para descansar hasta el amanecer y que la rutina volviera a comenzar. Esto fue así durante un año, hasta que la señora de la casa viajó a Entre Ríos durante el verano. Fue entonces cuando Estévez comenzó a observar a Aurora con una mirada derretida mediante la cual la buscaba para hacerla suya. Una noche el patrón intentó besarla y ante su intento de escape, no dudó en tumbarla en el piso, tapar su boca y tomar lo que era de él. Todo lo que estaba dentro de los límites de su propiedad le pertenecía, y podía hacer con eso lo que le viniera en gana. Después de ese episodio, Estévez ingresaba cada noche en la habitación de Aurora para obligarla a entender quién mandaba y quién debía obedecer.

Era siempre igual: ella se resistía con llanto y fuerza, él la golpeaba, arrancaba su ropa, se colocaba encima de ella mientras se quitaba el cinto y bajaba su bragueta y la penetraba con tanta violencia como impunidad. Retiraba su miembro de ella, quien en ningún momento había dejado de llorar, la miraba con desprecio y se dirigía a su lecho.

Hacía mucho calor, tristeza y desesperación en el campo de los Estévez. Como resultado de un misericordioso llamado divino, la esposa regresó. Aurora se retiró a su cuarto al final del día creyendo que el patrón ya no le haría daño. Se convenció de que las cosas habían vuelto a la normalidad. Pidió a Dios que así fuera. Pero Dios no la oyó. La puerta se abrió mientras ella dormía boca arriba, crucifijo en mano. El patrón la puso boca abajo, levantó su camisón, agarró sus manos y las sujetó a la altura de su espalda, inmovilizándola durante unos momentos hasta que decidió depositar el yugo de su autoridad en la boca de su criada.

Aurora arrancó el día con un esta noche lávate bien, yeguita y una nalgada. Esa noche la violó por detrás. Los gritos de la joven eran desgarradores. La señora de la casa tejía a pocos metros y puede decirse que casi sintió pena por la muchacha. Más gritos, y por favor, patrón, me duele y más gritos, y ya basta. Estévez se apartó de ella y le dio un puñetazo en la cara. La nariz de Aurora seguía sangrando cuando se dirigió a la ventana. Observó su vestido blanco ensangrentado a la luz de la luna llena. Respiró profundamente y sin siquiera ser consciente de que efectivamente estaba pensando en algo, pensó que ésa había sido la última. Caminó hasta la cocina como si estuviera bajo los efectos de algún hechizo con el que se ha sugestionado el pensamiento. Antes de que pudiera notarlo, la cuchilla ya estaba en su mano. Empujó suavemente la puerta entornada de la habitación principal. Una vez dentro, ocho pasos, quedarse de pie junto a él, verlo dormir y gozar al levantar su mano y casi enceguecerse con el brillo que despliega la cuchilla a contraluz. Lo movió para despertarlo, para que la viera. Abrió los

ojos y enseguida entendió que a su lado estaba ella, despeinada, ensangrentada, escalofriantemente decidida a asesinarlo para aferrarse a la vida por vez primera. Terror, gritos, treinta y cinco cuchilladas, bañarse en su sangre primero y en la de su cómplice mujer después.

Esta es la historia de alguien que le plantó la cara al destino. Lo que vino después, sólo son rumores. Lo cierto es que nadie supo qué pasó una vez realizada la masacre. Lo cierto es que nadie supo que no era fácil ser la criada de los Estévez.